

## Perdona nuestras ofensas

El perdón es una experiencia humana elemental. Todos lo necesitamos porque todos alguna vez hemos usado mal nuestra libertad. Sin embargo, la experiencia dice que no nos es tan fácil dis-culpar al hermano, en el sentido fuerte del término. A su vez, el hecho de que nuestro tiempo sufra una notable pérdida de sentido de la culpa constituye una dificultad extra. Es evidente que cuesta más perdonar a quien no muestra el menor signo de arrepentimiento.

Jesús ha venido precisamente para eso, para perdonarnos antes de que nosotros quisiéramos pedirle perdón. “La prueba de que Dios nos ama es que Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores” (Rm 5,8). Si todo perdón es gracia, eso vale infinitamente más para el perdón de Dios. El cristiano es esencialmente un perdonado, un rescatado que canta con alegría la misericordia de Dios. “¿Con qué pagaré al Señor todo el bien que me hizo?” (Sal 116,12). La respuesta no se agota en la alabanza, es decir, en el culto, sino que supone un cambio en el trato hacia los hermanos. La consecuencia natural de la gratitud por el perdón debiera ser la generosidad a la hora de perdonar a los demás.

La petición del Padrenuestro sobre la que se reflexiona en este número nos pone de cara a la responsabilidad que significa el perdón divino. De hecho, orando como Jesús nos enseñó asumimos que seremos perdonados por el Señor en la medida en que hayamos perdonado a quienes nos ofenden. En este terreno los evangelios hablan de *deudas y pecados*, recordándonos que se trata de algo más que meras susceptibilidades. En una cultura del *sorry* fácil, dicho al pasar, como quien no quiere hacerse cargo del mal cometido, cabría preguntarse si esa banalización no es una consecuencia, en cierto modo lógica, de la falta de un perdón fundante tal como lo encontramos en Jesús.

En este tiempo eclesial no podemos hablar de “nuestras ofensas” sin aludir al horrendo capítulo de los abusos sexuales a menores por parte de numerosos sacerdotes. Es preciso asumir semejante escándalo con dolor, vergüenza y propósito de enmienda. También es preciso salir al encuentro de quienes han sido vulnerados en su intimidad de una manera tan grave.

Transcribimos aquí un párrafo de la carta que escribiera el Papa Francisco, a la vez que recomendamos su lectura completa.

“«Si un miembro sufre, todos sufren con él» (1 Co 12,26). Mirando hacia el pasado nunca será suficiente lo que se haga para pedir perdón y buscar reparar el daño causado. Mirando hacia el futuro nunca será poco todo lo que se haga para generar una cultura capaz de evitar que estas situaciones no solo no se repitan, sino que no encuentren espacios para ser encubiertas y perpetuarse. El dolor de las víctimas y sus familias es también nuestro dolor, por eso urge reafirmar una vez más nuestro compromiso para garantizar la protección de los menores y de los adultos en situación de vulnerabilidad” (Francisco, *Carta al Pueblo de Dios*, 20.VIII.2018).

Una breve mención al perdón que nos debemos como argentinos, preocupación que hemos abordado en números recientes. Nuestra historia está jalonada desde el principio por la violencia fratricida. Ya es hora de un brindarnos mutuamente la oportunidad de un perdón serio, renovador, que nos permita dejar atrás tanto recelo. Sea ésta una tarea primordial para nosotros, los bautizados, que contamos para ello con la experiencia del inmerecido perdón de Dios.

\* \* \*

El presente número se abre con un estudio bíblico a cargo de Philippe Lefebvre sobre las deudas y los deudores, seguido de una breve homilía de Mons. Jean-Pierre Batut en la que se comenta la parábola llamada del “deudor sin entrañas” (Mt 18,21-35). Luego Bertram Stubenrauch ofrece elementos para una doctrina de la redención, a partir de nociones clásicas – pero no siempre tenidas en cuenta– como pecado, culpa y perdón. En esa misma línea, propia de una mirada sistemática, Jean Claude Hanus desarrolla la concreción sacramental del perdón. Respecto de la dimensión eclesial del pecado, Anton Štrukelj ensaya una reflexión teológica evocando el audaz gesto penitencial de Juan Pablo II en el Jubileo del año 2000.

Ya desde una perspectiva distinta, ofrecemos tres testimonios: primero, el camino de perdón de Daniel Pittet, víctima en su infancia de un abuso sexual por parte de un sacerdote; segundo, la meditación de monseñor

Jorge Casaretto, obispo emérito de San Isidro, sobre las heridas abiertas en nuestra historia nacional reciente; y tercero, el aporte de quien fuera arzobispo de París, el cardenal Jean-Marie Lustiger, de origen judío, que hubo de sufrir el asesinato de su madre por parte de los nazis. Por otra parte, el artículo de Ignacio Díaz sobre el perdón en *Los conjurados* de Borges nos ubica en el vasto terreno de la literatura, siempre propicio para considerar la miseria y la grandeza del hombre. Finalmente, publicamos fuera de tema una caracterización a grandes rasgos del pontificado de Francisco, escrita por el P. Federico Lombardi, sj, quien fue vocero de la Santa Sede de 2006 a 2016.